

Franciso Javier Irazoki

La Bastilla y el flamenco

EN EL SIGLO XX, La Bastilla era un lugar de artesanos desaparecidos cuando se construyó la segunda Ópera parisina y los precios subieron hasta las nubes de Wagner. Se produjo entonces una afluencia masiva de burgueses bohemios, pintores, filósofos ricos.

Se marchó un hombre discreto, el chino Gao Xingjian, que pronto obtuvo el Premio Nobel de Literatura. Antes de la orgía inmobiliaria, Xingjian vivió cerca de mi casa. Sus amigos le encargaron textos. Disfrutaba con la costumbre de interrumpir el trabajo, sentarse en un café y asistir al desfile de mujeres bellas.

A pesar de las ausencias notorias, los nuevos habitantes respetaron el ambiente. Supieron que, con frecuencia, lo exquisito de La Bastilla tiene una veta de ingenio popular. Todavía se recuerda que a finales de los noventa fueron difundidos unos carteles en los cuales varios escritores anunciaban lecturas públicas. En el primer plano de las fotos aparecían el humo y la botella de alcohol. Como si las preocupaciones literarias de los creadores consistiesen en transmitir que fumaban y bebían con exceso. Estrategia errónea. Con sólo tres palabras —“tristeza de supermercado”— un artista del barrio rasgó verbalmente los carteles y los autores huyeron a sitios de menos tradición irónica.

Además, soy testigo de otra alegría cultural. Para conseguir que los franceses se descabalguen del “usted” retórico, hay que ir al gimnasio todos los días. No así en La Bastilla, donde se conserva la fraternidad de los artesanos huidos. Cada persona acerca su forma de civilización. Rodeado de vecinos abrazadores y gatopendencieros, rápidamente desenfundo la sartén y disparo con lentitud una paella.

Flamenco revolucionario

EN LA CALLE DE VIGNOLES, del distrito 20 de París, en medio de locales libertarios, hay una peña musical. Flamenco en France se fundó hace más de treinta años. Sus actividades persisten gracias a los aficionados que unen pasiones artísticas y gastronomía ibérica. Las dimensiones y el mobiliario son modestos; como si los objetos fueran sirvientes de la música. Una pared cubierta de espejos, algunos carteles y, al fondo del escenario, el azulejo con la consigna clave: duende. El suelo está desgastado por los golpes rítmicos.

Con su vitalidad, el periodista Michel Mompontet anima el centro. Conoce y ama la cultura española; dispara rápido en los duelos de ironía popular; de repente pone voz a las honduras del cante grande. En las emisiones de televisión usa su campechanía transgresora, y es probable que haya aprendido en lugares como este. Es el prototipo de francés identificado con nuestros hábitos. Si un socio de la peña le escucha sus desgarros en las variantes del fandango, responderá desde el otro extremo del recinto. De esa forma se inicia el diálogo que va a continuar durante toda la velada. En un rincón, el guitarrista Antonio Moya, nacido en Nimes pero cobijado musicalmente por la familia Bacán de Lebrija y Utrera, cena con sus oídos atentos. Aquí se confirma que el creador no descansa nunca. Siguen las participaciones improvisadas. “Sin jerarquías”, dice el cantaor Francisco Contreras, Niño de Elche, quien meses antes había impresionado al auditorio, y ahora pide una guitarra y con gusto acompaña a los artistas espontáneos.

Las risas de Manolo, el veterano bromista que con un martillo de fragua pulverizó su apellido artístico, desaparecen si menciona la calidad del guitarrista Pedro Bacán o piensa en las estrofas de algún nuevo cante. Entonces sólo se le puede tomar en serio. Al escuchar las voces de los viejos anarquistas de la peña, recuerdo las palabras con que Tía Anica la Piriñaca resumió el arte flamenco: “Cuando canto a gusto me sabe la boca a sangre”.

En las horas finales, unos jóvenes, perdidos en el laberinto de las fiestas nocturnas, entran en el local. Cuando salen, sopla un viento frío. Uno de ellos comunica una frase extraña: “La música de esta noche ha sido la única medicina no adulterada”. •

Las tres obras más recientes del poeta Francisco Javier Irazoki (Lesaka, 1954), *Los hombres intermitentes*, *La nota rota* y *Retrato de un hilo*, han sido publicadas por Hiperión.